

VILLACARRILLO COSTUMBRISTA, LA FERIA DE MAYO

Una nubecilla de humo identifica en el firmamento el lugar en el que ha explotado el cohete; al cabo de unos segundos se produce el fuerte traquido al que sigue otro y otro, y se va poblando el cielo azul de la mañana de mayo de pequeñas humaradas que aventuran a varios chiquillos, atraídos por las explosiones, a buscar el lugar en el que cae la varilla conductora del cohete que se exhibirá como trofeo codiciado. Este tronar cadencioso de la cohetería, sirve de contrapunto a la temprana diana que recorre las calles de Villacarrillo desde que rompió el día, interpretada a paso marcial por la Banda del Frente de Juventudes. Se suma a la festiva sonoridad el campanario al vuelo, el repique de las campanas: La Chica, la Santa Bárbara, la Nueva y la Vigilia, lanzan al aire su tañido alegre, mientras la de San José y la del Cristo componen un contrapunto monocorde y llaman a la fiesta que comienza a las diez.

Está iluminado el templo parroquial de forma extraordinaria; las pesadas lámparas dispersan por doquier la luz de sus bombillas, resplandor que viste al templo de una dorada claridad y brillantez que acentúa, al fondo de la nave mayor tras el crucero, la pátina que cubre el retablo y provoca con ello la intensa sensación de haber sido chapado con el noble metal. Entre el retablo y las escaleras que suben al templete, el organista, el maestro Roa, interpreta en un modesto órgano la música sacra que acompaña la fiesta religiosa. La nave central recoge a los fieles apretados en las dos filas de bancos alineadas en su longitud; en las dos laterales se apiñan de pie, de tal modo que apenas si pueden arrodillarse cuando lo requiere la liturgia del acto. Un observador, situado sobre el cenit, una veintena de metros por encima de las cabezas de los devotos, no habría distinguido el suelo de mármol blanco que enlaza estas naves. La figura entronizada del Cristo de la Veracruz, preside la fiesta religiosa desde el notable predicador de verbo brillante, elevado en el púlpito; se da así continuidad a una tradición secular que trae a ocupar la sagrada cátedra, en los días de triduo y en la fiesta mayor, a elocuentes predicadores de notable dialéctica, para mayor gloria del Patrón. A los pies del podio en el que se asienta el altar mayor, en el lugar que ocupan los primeros bancos retirados para tal menester, se sitúan las autoridades locales en sillas nobles dispuestas para la ceremonia, arropadas las jerarquías por dos filas de escaños de madera de labrado respaldo que en otros tiempos acogían a la nobleza y a la hidalguía del lugar y cuya ubicación tantas veces ha sido removida a lo largo de la historia local. Cuando ha concluido la solemne fiesta religiosa, los fieles dejan su limosna a cambio de la caridad: las rosquillas de pan que despacha la cofradía con la indicación de rezar una oración antes de tomadas. También ofrece la hermandad unas cintas de tela de variados colores: blanco, azul, verde, rojo, amarillo, con una pequeña moña, son los estadales; bendecidos para este día, se ponen al cuello como un escapulario, para quedar anudados al cabecero de la cama, a donde llevan la presencia del venerado patrón; su tacto conforta al enfermo y ayuda en su tránsito al moribundo. El trono, tras bajado del altar mayor, queda junto a la capilla aguardando su salida vespertina. A cada uno de los ocho almohadillados varales quedan anudados, de trecho en trecho en la distancia que ocupa una persona, tres pañuelos de bolsillo, colocados por los hermanos que portarán al Cristo de la Veracruz; distintivo personalísimo y de reserva. A las seis de la tarde el volteo al vuelo del campanario de la estilizada torre vandelviriiana, anuncia el comienzo de la procesión. Al aparecer la imagen por la Puerta de la Umbría, cuando concluye la marcha de honores que anuncia su presencia, se van enhebrando unas con otras las aclamaciones yvítores: ¡Viva el Santísimo Cristo de la Veracruz! y Viva el Patrón de Villacarrillo!. Se para el cortejo para elevar oraciones al Cristo, invocaciones que mueven el ánimo de los fieles. Tras la plegaria sigue el cántico del himno dedicado a la imagen, entonado con vehemencia por las cientos de voces de los fieles que forman la comitiva, guiadas en justa medida por el acompañamiento de la banda de música. Una composición del músico natural de Santisteban del Puerto, maestro Esteban Moreno, ideada en compás marcado en cuatro tiempos, de cuatro por cuatro, precedido el primer compás de varias notas átonas en anacrusis. La bella partitura se ajusta a la letra inspirada por el Presbítero villacarrillense don Marcos Vela Sagra; ambas, letra y música, creadas en el año 1917.

Tras la procesión, las churrerías servidas por Miguel e Isabel Carreño Ruiz, situadas a la fuente, en el rincón sombrío de la plaza, ponen la pincelada culinaria de la tarde: una taza de humoso y denso chocolate y un brazo de churros es la reiteración de una costumbre arraigada, como también el papelón de churros que se lleva a casa, cuando se opta por no tomarlo con la dulce golosina, en las mesas dispuestas a lo largo de la churrería; mercancía que despacha con agilidad Antonia Cacara, que a la par entretiene a la parroquia con su ágil gracejo y simpatía, y que de esa manera aparta un tallo, de la rosca que está tajando con el canto de la mano, y lo obsequia a la impaciente clienta que reclama prisa en el despacho. Mientras, se dora en el aceite hirviente, la masa que vuela el tejeringo sobre la sartén y que dos abrasados palos, guiados por manos hábiles, conducen por la pista oleica para que tome la forma de una línea espiral, cilíndrica y estriada.

En las primeras horas de la tarde se han instalado en el centro de la plaza las tracas, unos artificios de pólvora que se hacen con una serie de petardos colocados a lo largo de una cuerda y que estallan sucesivamente; también están dispuestas las carcasas y por el suelo, en perfecta formación, los morteros preparados para enviar a la oscuridad espacial un puñado de cohetes. Eso será a las doce de la noche, a la hora del castillo de fuegos. La explosión sucesiva de iridiscentes y pone en la cara de los que se arraciman en la Plaza, contemplando el artificio pirotécnico, el resplandor albayalde, azulado, esmeralda o rojizo de las palmeras efímeras que se abren ininterrumpidamente en el menguado espacio celeste que acotan los tejados de la plaza. El trueno gordo, el estampido con que terminan los fuegos artificiales, y es siempre el más estrepitoso, acaba con los tres días de celebración .

La feria del año mil novecientos sesenta y seis estuvo sembrada por la desdicha en su remate. El mal estado de la pirotecnia, humedecida por la breve lluvia caída durante la tarde, tuvo fatales consecuencias. Infortunio de Luis Sánchez Mora, un muchacho de diecisiete años que se encontraba contemplando el castillo y al que uno de los fragmentos disociados que volaron por doquier, quebró su vida todavía joven; también hubo heridos por quemaduras, cortes y contusiones. Punto y final para el disparo de cohetes en la población; el alcalde de la época, don Francisco Tudela López, puso fin a su uso, no recuperándose su lúdica utilización hasta la década siguiente.

Feria de mayo. Feria que tuvo su principio con la llegada a la población de la imagen del Cristo de la Veracruz. Talla salida de las manos del sacerdote escultor avecindado en la ciudad de Baeza y que obró a instancias de un honorable mancebo llamado Bernabé, natural de la aldea de la Torre de Domingo Pliego, para reverenciarla y darle culto en la ermita levantada dos siglos antes, a extramuros de la aldea, a mandato del Adelantado Ximénez de Rada. Con la novedosa imagen se establecen las primeras ordenanzas aprobadas por el Obispo de Jaén don Rodrigo Hernández de Narváez en el año 1.459, eligiéndose la fecha de tres de mayo, festividad de la Invención de la Cruz, para la celebración y feria en honor a la imagen. A la celebración religiosa se agregaron múltiples festejos de carácter profano que consolidaron estos primeros días del mes de mayo como una auténtica feria, quedando señalados para la venta, compra y cambio de ganados, granos y otras mercaderías, creándose con ello un rico mercado que traía a la población mercaderías, creándose con ello un rico mercado que traía a la población a gran número de forasteros. A ello, y conforme iban pasando los años, se unió la fama milagrosa del Cristo, por las múltiples curaciones obradas, proclamándose por doquier su divinidad y recibiendo el agradecimiento de los favorecidos. En el año 1.565 fué removida la feria desde mayo a septiembre; circunstancia esta, junto al fin de la recogida de la cosecha a primeros de septiembre y ante la imponderable meteorología de mayo que echaba por tierra los fastos religiosos y el pujante comercio creado alrededor de los mismos, las que movieron al Ayuntamiento de la época y la Cofradía de la Vera-Cruz a reformar las ordenanzas del momento, para trasladar la feria de primavera al mes de septiembre, cuyo día catorce está señalado como la fiesta de la Exaltación de la Cruz.

Francisco Coronado Molero